

LA LUZ ENTRE LAS TINIEBLAS

AGUSTÍN DE HIPONA Y TOMÁS DE AQUINO

COLECCIÓN

BIBLIOTECA DE HUMANIDADES SALMANTICENSIS 32

SERIE PENSAR LA EDAD MEDIA CRISTIANA

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

José Luis Fuertes Herreros, Universidad de Salamanca, España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Juan Arana, Universidad de Sevilla, España

Enrique Bonete, Universidad de Salamanca, España

Antonio Campillo, Universidad de Murcia, España

José Luis Cantón, Universidad de Córdoba, España

Mário Santiago de Carvalho, Universidade de Coimbra, Portugal

Florencio-Javier García Mogollón, Universidad de Extremadura, España

Martín González Fernández, Universidad de Santiago de Compostela, España

José María Maestre Maestre, Universidad de Cádiz

José F. Meirinhos, Universidade do Porto, Porto

Luis Merino Jerez, Universidad de Extremadura, España

Juan Antonio Nicolás, Universidad de Granada, España

Javier Peña, Universidad de Valladolid, España

Rafael Ramón Guerrero, Universidad Complutense de Madrid, España

Luis Enrique Rodríguez-San Pedro, Universidad de Salamanca, España

Salvi Turró i Tomás, Universitat de Barcelona, España

ROCÍO CAROLO TOSAR

LA LUZ ENTRE LAS TINIEBLAS

AGUSTÍN DE HIPONA Y TOMÁS DE AQUINO



Sindéresis^{editorial}

La Luz entre las Tinieblas

1ª edición, 2021

© Rocío Carolo Tosar

© 2021, editorial Sínderesis

Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-18206-71-9

Depósito legal: M-19172-2021

Produce: Óscar Alba Ramos

Fotografía portada: Fotolía

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

A Marcelino Agís, Martín González
y Cesar Raña (*in memoriam*),
mis grandes maestros.

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo I. La hermenéutica en la patristica:	
Agustín de Hipona	13
1. Una aproximación a la hermenéutica agusti- niana.....	17
2. Claves hermenéuticas en <i>De Doctrina Christiana</i>	22
3. San Agustín y el problema de la interpretación.....	38
Capítulo II: La hermenéutica medieval: To- más de Aquino	41
1. Los temas hermenéuticos de la época	41
2. Dios es la Verdad.....	45
3. La teoría de la interpretación de Tomás de Aquino.....	46
Capítulo III. La concepción del hombre en <i>De Magistro</i>	59
1. San Agustín y <i>De Magistro</i> o <i>Sobre el Lenguaje</i>	60
2. El hombre como ser que conoce	72
3. El hombre como ser iluminado.....	85
4. El hombre interior.....	93

Capítulo IV. Política y sociedad en San Agustín	101
1. Principios fundamentales	102
2. La familia	107
3. Las dos ciudades.....	109
4. La sociedad.....	113
5. Ideal político.....	117
6. ¿Qué significa ser ciudadano?.....	120
Capítulo V. El amor en San Agustín: una mirada desde Hannah Arendt	123
1. El amor como anhelo: el futuro anticipado.....	124
2. Creador y criatura: el pasado recordado.....	137
3. Vida en sociedad (<i>vita socialis</i>).....	145
Bibliografía	149

PRÓLOGO

Cada vez que viene ante mis ojos un escrito de o sobre san Agustín, le acompaña el recuerdo de algunos de mis maestros y profesores y, especialmente, el curso de Goulven Madec de filosofía de la historia, alrededor de la obra del Obispo de Hipona en el Institut Catholique de Paris. Y digo bien el Obispo de Hipona, pues como él insistía desde el primer día de clases, el san Agustín que nosotros leemos es el Agustín obispo. Un hombre culto, un académico en el uso pleno del término, un maestro en retórica, un gran conocedor de las escuelas filosóficas de su época, alguien que fue todas esas cosas, pero que cuando escribía lo hacía en tanto que obispo, con la mentalidad y el compromiso del pastor, con la fuerza del predicador, con la interioridad del místico, la perspicacia humana del psicólogo, el cristiano comprometido con el hombre y al servicio de los hombres que viven en sociedad, de nuevo: el obispo, pastor de la Iglesia.

La razón de san Agustín es la razón en su máxima potencialidad: es la razón que ha conocido el misterio sobrenatural, es una razón que no se conforma con entender intelectivamente el orden natural, sino que comprende el vuelo del misterio divino, sobrenatural. Por eso san Agustín tras su bautismo en el año 387 a manos de san Ambrosio de Milán no puede ser ya el especulador platónico o neoplatónico, sino el descubridor de lo absoluto, aquel quien de una forma sin igual pusiera *La luz entre las Tinieblas*. El profesor de la Université de Grenoble, Michel Fattal –otro colega afable– mimetizado por el espíritu sapiencial de san Agustín, lo expresaba con bellas palabras: “Agustín, el pensador de la

razón, partirá de la verdad y terminará en la Verdad pasando por la obra mediadora de una razón ineludible que, desde su conversión al cristianismo, tiene nuevas, sutiles y matizadas relaciones con la Revelación, la autoridad, la fe y la gracia, que no tenían cabida antes de su adhesión a Cristo. La aparición de tales instancias en el juego de la razón tendrá el efecto de revelar la razón a sí misma y de permitir al buscador de la verdad descubrir y actualizar todos sus recursos y sutilezas, hasta ahora ocultos” (Michel Fattal, *Augustin penseur de la raison? (Lettre 120 à Consentius)*, Paris: L’Harmattan, 2016, p. 101).

La razón en san Agustín se desarrolla por diversos meandros que no se agotan en la operativa del intelecto, que nace de su encuentro con la Escritura, con la riqueza de la Biblia, con el desarrollo fecundo de la hermenéutica ya presente en el *De doctrina christiana* y enriquecido en sus diálogos teológicos, especialmente con san Jerónimo, especialmente a propósito de *Ga* 2, 11-14. San Agustín es un firme convencido de la verdad de la Sagrada Escritura, que se constituye en la principal *auctoritas*. Una autoridad que se hace presente en el espíritu y la intención del autor sagrado. La Sagrada Escritura es la suma verdad, palabra de la Verdad, expresión armónica en la que se puede penetrar en el misterio de lo sobrenatural, porque este, Dios, ha querido revelarse. En el desvelamiento (verdad) de esta Verdad, la razón se hace interpretación, y el amor criterio interpretativo: amor al Verbo detrás de la palabra, amor al Espíritu que ha inspirado la Palabra y la tradición interpretativa. Una interpretación que tiene en cuenta los signos, pues “nos apacientamos con signos hasta poder llegar a la realidad inmortales” (*Tractatus in Ioannem*, 49, 1). La razón clásica se pone al servicio del entendimiento en su

búsqueda de la verdad, de la fe, y se evangeliza a su vez: *tibi quidquid utile puer didici, tibi serviat quod loquor et scribo, et lego et numero* (*Confesiones*, 1, 15, 24).

Ocho siglos más tarde, asentado el binomio sobrenatural-natural, san Agustín es el referente de la razón y de la fe en Occidente. Como señaló Chenu, la doctrina de san Agustín ocupa un lugar especial. Recibido como el pensamiento teológico más eminente, aportó grandes ideas maestras a la teología del siglo XIII, a través de las *Sentencias* de Pedro Lombardo y las *Glosas*, es decir, en los compendios racionales de la época: en la razón del entendimiento (*Sentencias*) y en la razón de la interpretación (*Glosas*). Una fuente que todo profesor de la universidad de París se verá obligado a profundizar, como mostrará de forma excepcional la tradición franciscana, especialmente a partir de la *Summa fratris Alexandri*, culminando en san Buenaventura. Una realidad intelectual, pedagógica y teológica que afectará incluso a aquellos que tomaron postura por domar la razón natural aristotélica y ontologizar la realidad esencializándola. Bataillon nos recordó cómo uno de estos osados teólogos, el más sobresaliente, santo Tomás de Aquino, no pudo sino interiorizar la fuente agustiniana especialmente desde su encuentro con el *Tractatus in Ioannem*, una presencia que se aprecia —señala otro gran amigo y entregado estudiante Michal Paluch— en *De veritate* (caps. 6, 14, 27), entre otros textos. Un encuentro numinoso —no tan fecundo al principio como al final de su vida tuvo la ocasión de experimentar— cuando descubrió, quizás, lo que franciscanos habían experimentado desde su fundador: que Jesús es llamado Maestro en el tiempo ordinario, pero en los tiempos fuertes —en Navidad y en Pascua—, Jesús se muestra siguiendo la voluntad del Padre como Amor.

Razón (entendimiento, voluntad, interpretación), esencia y realidad, fe y gracia... los ejes del pensamiento relativo a lo sobrenatural que inunda la vida de los hombres, en sí y en sociedad, otorgándoles un ideal de vida cristiana: “*Otium sanctum quaerit caritas veritatis: negotium iustum suscipit necessitas caritatis*” (*De civitati Dei*, XIX, 19). Un ideal llamado, por sobrenatural, a la universalidad, a la ruptura del espacio y del tiempo, y ello en la verdad, sin el engaño de un mundo intemporal que por naturaleza no puede ser, aunque esté casi neurológicamente vivido por los hombres en un *mundo virtual*. San Agustín y santo Tomás, por citar los autores de esta obra, nos presentan una dialéctica natural-sobrenatural (es decir, entendimiento de lo finito hacia la suma razón libre de lo infinito), frente a la propuesta actual de una dialéctica natural-virtual (o lo que es lo mismo en términos contemporáneos, deseos finitos *versus* virtualidad infinita de los deseos). (San Agustín de Hipona y (santo) Tomás de Aquino son dos llamas de *la luz entre las tinieblas* que Rocío Carolo Tosar, la autora de este libro, nos ha querido presentar. Esto no es nuevo. Hacerlo como ella lo hace, desde la razón hermenéutica y su dimensión comunitaria, y desde la juventud, sí lo es, pues alumbra la obra, e ilumina el rostro de quien escribe estas líneas con la esperanza de que la luz, a pesar de lo que se piense, sigue haciéndose presente en nuestra universidad española.

Manuel Lázaro Pulido
 Departamento de Filosofía
 Universidad Nacional de Educación a Distancia

CAPÍTULO I

LA HERMENÉUTICA EN LA PATRÍSTICA: AGUSTÍN DE HIPONA

La Edad Media suele ser considerada la época de la ciencia del libro, al encontrarnos con todo un esfuerzo por parte de los filósofos cristianos, hebreos y musulmanes para fundamentar racionalmente los textos sagrados que sustentan sus religiones, al ser considerados estos como fuente de conocimiento. En este sentido, los pensadores cristianos de la época elaborarán su pensamiento en consonancia con las Sagradas Escrituras, siendo necesaria una herramienta metodológica que ayude en la interpretación y descubrimiento del auténtico sentido de esos textos: la hermenéutica. Aunque, si bien en la época antigua hay un esfuerzo para ‘desvelar’ la verdad, en la época medieval ese esfuerzo se invierte al partir de una Verdad ya dada y que se debe hacer comprensible, siguiendo el dictado de hacer extensible la palabra de Dios a todos los pueblos¹. Por lo tanto, se hace evidente “la necesidad de la hermenéutica teológica como herramienta del Logos como Palabra de Dios para la construcción de la especulación teológica que despliegue el logos en la inteligencia discursiva”².

¹ Sobre el desarrollo de la hermenéutica como *ars interpretandi*, en la antigua Grecia y en la Edad Media, así como a lo largo de la historia de la filosofía, véase: Agís, M., *Historia de la Hermenéutica. Devenir y actualidad de la filosofía de la interpretación*, Madrid: Ed. Síndéresis, 2020.

² Lázaro, M., “La hermenéutica en San Buenaventura. El Prólogo al *Breviloquium*”, pp. 385-399. *Anuario Filosófico*, vol. 49, nº 2, 2016, p. 387.

Esta labor hermenéutica, o mejor exegética, entraña una enorme dificultad al ser las Sagradas Escrituras un conjunto de libros heterogéneos. En el Nuevo y el Antiguo Testamento, encontramos, por lo tanto, una diferencia temporal e histórica, no solo por parte del autor que realiza la tarea hermenéutica, sino entre los textos y autores que la componen. A pesar de que aquí hagamos referencia exclusivamente al texto bíblico, concretamente al catolicismo, la hermenéutica medieval abarca mucho más: “la biblioteca de un teólogo medieval contenía en primer lugar la Biblia; luego Aristóteles; después comentarios sobre Aristóteles, como los de Alberto Magno o los de Santo Tomás; por último, si sus medios se lo permitían, supercomentarios que comentaban los comentarios, como Juan de Jandún hizo con un Averroes, y, cerrando el todo, un montón de Cuestiones Discutidas para saber lo que todo eso quería decir”³. La pluralidad de autores, de diversas lenguas y elementos discursivos, o los distintos géneros literarios son algunas de las dificultades que los pensadores cristianos, primero, y los estudiosos medievalistas, después, deberán sortear. La Biblia católica está compuesta por 73 libros (46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento), escritos a lo largo de más de mil años por cuarenta autores diferentes empleando géneros literarios muy diversos: hay libros históricos (Libro de los Jueces), libros sapienciales (Eclesiástico, Sabiduría o Baruc), poéticos (Cantar de los Cantares), bibliografías intelectuales (los cuatros Evangelios), hay

³ Gilson, E., *El espíritu de la Filosofía Medieval*, Madrid: Ed. RIALP, 2004, p. 373.

cartas y un enigmático género apocalíptico en el Nuevo Testamento⁴.

No obstante, es necesario hacer una interpretación de la Biblia que sea coherente y armónica entre los Testamentos, puesto que la historia de Jesús, narrada en el Nuevo Testamento, vendría a corroborar los hechos del Antiguo. A esta tarea exegética van a contribuir toda una serie de autores medievales, siendo estos los encargados de establecer los principios doctrinales de la religión cristiana.

Esta etapa, que abarca más de diez siglos de historia, es en la que nos encontramos con un gran número de historiadores del texto sagrado. No hay unanimidad a la hora de establecer la fecha de inicio y finalización de la Edad Media y, por añadidura, historiadores de la filosofía y de los hechos históricos utilizan criterios diferentes. Desde el punto de vista histórico, la Edad Media abarcaría desde la caída del Imperio Romano en el 476 d.C. hasta la caída del Imperio Bizantino en 1453, año en el que aparece la imprenta y la posterior publicación de la Biblia de Gutenberg; aunque hay quien señala que su fin coincidiría con el descubrimiento de América en 1492. Desde el punto de vista filosófico comenzaría tres siglos antes, tal como afirma Étienne Gilson en su obra *La filosofía en la Edad Media*, reconociendo como pensadores medievales las contribuciones de los escritores cristianos de los siglos II-V, marcadas por el diálogo entre la filosofía helenística y las grandes

⁴ Para un estudio pormenorizado de los géneros literarios de los textos bíblicos véase: De Tuya, M. y Salguero, J., *Introducción a la biblia*, vol. II, Madrid: BAC, 1967, pp. 12-52.

religiones monoteístas⁵. Tampoco en lo relativo a las divisiones internas de este gran periodo existe unanimidad. En todo caso, un amplio acuerdo en el ámbito de la filosofía nos permite dividirla en dos grandes periodos:

1. Periodo patristico (s. II-V): época donde se asentarán las bases doctrinales de la Filosofía medieval. En este primer periodo destacan figuras como San Clemente de Alejandría u Orígenes, entre los apologistas; o San Ambrosio o San Agustín, entre los Padres de la Iglesia.
2. Periodo escolástico (s. V-XV): o también conocido como pensamiento medieval, en el que destaca, sobre todo, Santo Tomás de Aquino.

Para algunos autores la Edad Media, propiamente dicha, se refiere a esta segunda etapa. Así, Manuel Lázaro Pulido en su *Historia de la Filosofía Medieval y Renacentista* nos dice que “Lo que suele denominarse ‘Edad Media’ abarca diez siglos: desde el siglo V d. C. hasta el siglo XV”⁶. Otros autores, dudan en incluir la Patristica dentro de la Edad Media. Según Godefroid Kurth, el sentido etimológico primitivo de “Edad Media” remite al periodo de la latinidad que se extiende desde el Imperio de Constantino al de Carlomagno. Basándose en un trabajo de Johan Huizinga, Daniel Völter cree que la expresión “*media tempesta*”, tal como es utilizada en 1469 por el obispo Giovanni Andrea Bussi, tenía como origen los escritos

⁵ Cfr. Gilson, E., *La filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patristicos hasta el fin del siglo XIV*, Madrid: Gredos, 1982.

⁶ Lázaro, M. (coord.), *Historia de la Filosofía Medieval y Renacentista I*, Madrid: Síntesis / UNED, 2018, p. 47.

apocalípticos”⁷. Más allá de las discusiones historiográficas, hay un hecho que marca el final del mundo antiguo: la caída del Imperio Romano en el año 476 d. C., pero desde la aparición del cristianismo en el siglo I se gesta un cambio en Occidente de tal magnitud para el pensamiento que podemos considerar a esta época como transición del mundo antiguo al mundo medieval. Es precisamente al final de esta etapa, entre los siglos IV-V, cuando nos encontramos con el pensador cristiano más destacado de este período: Agustín de Hipona.

1. Una aproximación a la hermenéutica agustiniana

Aurelio Agustín nace el día 13 de noviembre del año 354 en la antigua ciudad de Tagaste. Su madre, Mónica, lo educa en la fe cristiana, ejerciendo una profunda influencia sobre él. Finalizados sus primeros estudios en la escuela de su localidad natal, en la que aprende lectura y escritura, marcha a Maduara y después a Cartago, donde estudia Letras y Retórica. A la edad de 19 años lee el *Hortensius* de Cicerón, una exhortación al estudio de la filosofía. Dicha lectura provocará su larga evolución interior que le llevará a recibir el bautismo cristiano, asimismo, hará que brote en él la preocupación fundamental de la búsqueda por la verdad, esto es, por la búsqueda de la sabiduría. Es en este momento cuando nace en él un interés por la filosofía. El *Hortensius*, hoy perdido, es la puerta que abre a nuestro autor la senda filosófica. Preocupado por el problema del mal, entró en contacto con el maniqueísmo,

⁷ León, F. “El debate sobre la modernidad de la filosofía medieval”, *CAURIENSIA*, Vol. XII (2017), p. 471.

pero después de ocho años y, debido a la falta de explicaciones que obtiene por parte de los maniqueos, abandona esta secta. Sin embargo, fueron las conversaciones con el obispo San Ambrosio de Milán las que marcarán su destino, puesto que en ellas encontró algunas respuestas a las dificultades no solucionadas por aquellos y, asimismo, le proporciona la clave para interpretar el sentido de las Sagradas Escrituras. En este momento conoce también la filosofía neoplatónica y algunas obras de Platón. En el año 387 recibe el bautismo de manos del obispo San Ambrosio.

Agustín desea difundir en África la nueva sabiduría a la que ha llegado, de tal modo que inicia un viaje a Tagaste, pero se verá interrumpido por la repentina muerte de su madre. En el año 391 viaja a Hipona, donde será ordenado sacerdote. Poco después de ser elegido obispo auxiliar, al morir el anciano Valerio (el obispo titular), quedó San Agustín al frente de la comunidad cristiana de aquella sede. Hasta el día de su muerte, el 28 de agosto del año 430, se entregó a una actividad pastoral ferviente, predicando más de trescientos sermones y escribiendo más de doscientas cartas. Asimismo, compuso sus más importantes obras apologeticas, dogmáticas, morales, pastorales y exegéticas.

San Agustín va a ser, como he anticipado, la figura central del periodo patrístico, desarrollando toda una serie de cuestiones filosóficas que le van a permitir responder a la gran exigencia de la época: armonizar los dos Testamentos en un sentido único. Contribuyendo, de esta manera, a desarrollar la tarea moralizante de la Biblia, de gran importancia para la hermenéutica. Es en *De Doctrina Christiana* en donde nos

encontramos con toda una serie de directrices acerca de la interpretación de los textos, que gozarán de gran importancia en la historia de la hermenéutica. Aunque esta sea, quizás, la obra con más relevancia para la cuestión que nos ocupa, son varias las obras en las que el obispo de Hipona ofrece interesantes reflexiones hermenéuticas, como en *De la Dialéctica* (387d.C.), *Introducción al Catecumenado* (400 d.C.) o *De la Trinidad* (415 d.C.), entre otras.

Unos años antes, en su obra *Del Génesis a la letra, incompleto*, San Agustín emprende la ardua tarea de realizar una exposición y estudio literal de la Biblia, comenzando por el libro del Génesis, es decir, va a tratar de explicarlo al pie de la letra. Esta obra, que S. Agustín escribe en el año 393, quedará incompleta, al darse cuenta de que su “ensayo de volver a exponer las sagradas Escrituras en sentido literal fracasó bajo el peso de tan ingente carga. Y aun no habiendo acabado un libro, cesé del trabajo, pues vi que no podía soportarlo”⁸. Años más tarde, entre 401-405, publicará los resultados de este intento exegético en la obra que llevará por título *Del Génesis a la letra*. Este estudio exegético, puede que sea el motivo por el que San Agustín interiorice la dificultad que entraña la interpretación de los textos sagrados, puesto que si tomamos en consideración alguno de los pasajes de la Biblia nos puede llevar a una contradicción con la propia doctrina cristiana. Entonces, ¿cómo solventar este problema? Agustín de Hipona no va a ser ajeno, por lo tanto, a los grandes desafíos que esta labor exegética presenta, sobre todo por la oscuridad de

⁸ Agustín, S., *Las Retrataciones*, I, 18, en: *Obras Completas* (ed. bilingüe), vol. XL, Madrid: BAC, 1995.

algunos de los textos que dificultarán su comprensión. Este hecho puede deberse, fundamentalmente, a dos factores:

1. Se trata de una dificultad calculada, pues a pesar de que Dios pudo transmitir su mensaje de una forma diáfana, clara; lo oscureció para así vencer la vanidad de los hombres: “No dudo que todo esto ha sido dispuesto por la Providencia divina para quebrantar la soberbia con el trabajo y para apartar el desdén del entendimiento”⁹.
2. El propio texto ofrece, al lado de esos pasajes más oscuros, otros de mayor claridad que irradian luz para la interpretación de los primeros: “casi nada sale a la luz de aquellos pasajes oscuros que no se halle ya dicho clarísimamente en otro lugar”¹⁰. San Agustín clama por la necesidad de una hermenéutica comparativa, es preciso el conocimiento de otros textos para desentrañar las dificultades, o lo que es lo mismo, la necesidad de conocer el todo para entender la parte.

Otra de las dificultades, que él mismo experimentó, es que la literalidad de algunos pasajes parecen contradecir las Sagradas Escrituras. Tal contradicción no es posible, lo que lleva al de Hipona a señalar que además del sentido literal también existe el sentido espiritual o alegórico: “la regla general es que todo cuanto en la divina palabra no pueda referirse en un

⁹ Agustín, S., *De Doctrina Cristiana*, II, 6,7, en: Obras Completas (ed. bilingüe), vol. XV, Madrid: BAC, 1969.

¹⁰ *Ibid.*, II, 6, 8.

sentido propio a la bondad de las costumbres ni a las verdades de fe, hay que tomarlo en sentido figurado”¹¹.

La necesidad de solventar estas necesidades se debe a que, detrás de la lectura del texto bíblico, nos encontramos con una suerte de código moral o normas de vida que deben llegar a todos los seres humanos. Serán los primeros autores cristianos los que emprendan una doble tarea: “en primer lugar, condenar los mitos paganos, rechazando cualquier interpretación alegórica que pudiese revitalizarlos. En segundo lugar, comprender las Sagradas Escrituras más allá del sentido literal, buscando confirmar el Nuevo Testamento a partir de los escritos del Antiguo Testamento. Nace así una interpretación alegórica”¹².

A pesar de que aquí tan solo estamos haciendo referencia a dos sentidos distintos, el literal y el alegórico, pues queda claro que no puede haber un sentido único en la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras. Este descubrimiento será el punto de partida para la elaboración de la teoría de los cuatro sentidos de la Biblia, cuestión que será tratada a lo largo de toda la época medieval, viendo su culmen en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino. El obispo de Hipona, que si bien en *De Doctrina Christiana*, hace referencia tan solo al literal y el alegórico, en *De Genesi ad litteram imperfectus*, señala: “De cuatro modos distintos exponen algunos tratadistas la ley; sus nombres pueden enunciarse en griego y explicarse y definirse en latín, según la historia, la

¹¹ *Ibid.*, III, 10, 14.

¹² Agís, M., *Historia de la Hermenéutica. Devenir y actualidad de la filosofía de la interpretación*, p. 44.

alegoría, la analogía y la etiología. Explicamos las cosas según la historia, cuando se narran los hechos ejecutados, sean divinos o humanos. Conforme a la alegoría, cuando los hechos y dichos se toman figuradamente. Se exponen en sentido analógico cuando se demuestra la conformidad entre los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y según la etiología cuando se dan las causas o se dice el porqué de los hechos y dichos”¹³.

Existen, por lo tanto, cuatro sentidos en la interpretación bíblica, pudiendo esquematizarlos del siguiente modo:

Sentido Literal o Histórico

- cuando se produce una narración de los hechos que han tenido lugar

Sentido Alegórico

- cuando estos hechos son tomados de forma figurada

Sentido Analógico

- cuando se demuestra la conformidad entre los pasajes del Antiguo con los del Nuevo Testamento

Sentido Etiológico

- cuando se presentan las causas o se da cuenta del porqué de los hechos

2. Claves hermenéuticas en *De Doctrina Christiana*

De Doctrina Christiana es una verdadera introducción a las Sagradas Escrituras, a la altura del *De Oratore* de Cicerón o la *Institutio Oratoria* de Quintiliano, pues “el tipo de cultura que los Padres latinos legaron a la Edad Media era una especie de *eloquentia christiana*, es decir, de la elocuencia entendida al

¹³ Agustín, S., *De Génesis a la letra, incompleto*, II, 5, en: Obras Completas (ed. bilingüe), vol. XV, Madrid: B.A.C., 1969.

modo de Cicerón, pero en que la sabiduría cristiana reemplazaba a la de los filósofos”¹⁴. Gilson va a relacionar la filosofía agustiniana, en este caso, con la hermenéutica literaria clásica, en gran medida posibilitado por el conocimiento que los Padres Latinos de la Iglesia tenía de los autores de la tradición retórica. En palabras del propio Gilson: “Es un hecho de gran importancia que todos los Padres de la Iglesia latina, cuya autoridad dominará el pensamiento medieval, hayan recibido primeramente la formación que preconizara Cicerón y codificara Quintiliano. Varios de ellos –San Agustín, entre otros– hasta han sido profesores de literatura y de retórica, pero todos han recibido la misma educación que cualquier joven romano de buena cuna”¹⁵.

San Agustín establece en *De Doctrina Christiana* toda una serie de reglas y de preceptos para comprender los libros santos. El obispo de Hipona comienza a elaborar esta obra poco después de ser consagrado, hacia el año 397. En un primer momento solo escribe hasta el capítulo 25, número 35, del libro III; decide dejarla así, pero a pesar de que no se hallaba del todo completa se publica igual. Años más tarde, al revisar sus obras con el fin de hacer una recensión, se da cuenta de que esta inconclusa, por lo que decide terminarla antes de pasar a la corrección de otras. Pero no solo va a terminar el libro III sino que, además, añadió el IV. Finalmente, la obra estará completa sobre el 426 o 427, es decir, aproximadamente ocho años después de su vida en Cesárea.

¹⁴ Gilson, E., *La filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patristicos hasta el fin del siglo XIV*, p. 167.

¹⁵ *Ibidem*, p. 165.